

Un alud de experiencias vitales

Constantino Molina escribe un manifiesto contra la idealización de la pureza y el mercadeo cultural, en un paisaje de descontento y plena crisis de la subjetividad

Por Andrea Toribio

Término de leer *Niño parabólico*, de Constantino Molina (Pozo-Lorente, Albacete, 40 años), y experimento un episodio cuántico. Ese instante ahora metafísico, nombrado así gracias a la filosofía, es un *momentum* del que Molina se sirve para hablar de aquellas ocasiones en las que se nos revela una certeza en una intimidad compartida (o no). Solo entonces nos encontramos verdadera y paradójicamente solos. En la televisión, salen Los del Río cantando el himno hoy global que captó la esencia española para 1993. Ese fue el año en el que naci yo, pienso. Mientras, mi suegra se queja de la humedad desde el sofá reclinable contiguo y mueve con timidez, al compás de aquellos alalás de acento andaluz, sus pícicos en el aire.

Molina nos ofrece —tras la publicación de algunos poemarios estimulantes y luminosos— *Niño parabólico*, un libro excelente en clave autobiográfica, en el que se oye hablar copiosamente (eso sí, no con muchos interlocutores) y se abordan un sinfín de asuntos, cuya naturaleza oscila entre lo más elevado y lo más llano: se escribe tanto

de Miguel Milá como de los *bollyca*; del viejo loco que despachas en su tasa favorita como de Carme Piñós, Javier Marías o Virginia Woolf. Al margen de esto, no me atrevería a considerarlo novela, o no directamente. Tal vez diario, cuaderno?... Puede que tuviese la poca cautela de encasar el libro en un género en prosa, de cercenar parte de su vida, si nos encontrásemos en el XIX y



Visitantes del Museo del Prado, frente a *Las meninas*, de Velázquez. CARLOS CHAVARRIA (NYT / CONTACTO)

Molina fuese coetáneo de Gómez de la Serna o Eugenio Noel, que escribió *La novela de la vida de un hombre*; empresa que, para Noel, como también para Molina, se trató del cuento de nunca acabar. En cualquier caso, y traicionando el dicho aquél de que la falta de prudencia es atrevida, al cerrar sus páginas parabólicas llegó a la conclusión de que Constantino Molina no es un autor de este siglo, pues ha escrito su propia *autotorbunda*.

La obra es un compendio brillante de experiencias vitales en puro alud, en el que se recogen los temas principales del ser humano: la infancia, el paso del tiempo, el amor y la muerte; no obstante, codificados por su propia vivencia, como es natural, que para eso se pide la palabra. Por ejemplo,

Molina, como *El caminante sobre el mar de nubes*, de Caspar David Friedrich, desea retratarse en lo que da en llamar la Proa de Madrid, un edificio alto del barrio de Argüelles, encallado en el paseo del Pintor Rosales, a la altura del número 82. Esto no es azaroso, porque para el escritor “en ese vértice la ciudad se acaba de manera tajante, delimitando la frontera entre lo urbano y la naturaleza mediante un corte limpio”. Esta hazaña, la de llegar hasta ahí, es su viaje del héroe o aventurilla principal, que no la única. Lo que lo llena, sin embargo, es que se trata de un inmueble privado y tiene que pedir permiso. Una lastima esto de la propiedad privada, todo hay que decirlo. Al mismo tiempo, Molina escribe un proyecto nuevo de poesía

Las inquietudes metafísicas de Molina se refieren a eso que nos conduce al borde de un trance de ruptura existencial

—que más tarde sabremos que se titulará *Premio Cervantes*. El asunto aquí es que la prosa de *Niño parabólico* sale a borbotones, no exenta, eso sí, de mucha disciplina, la misma con la que Montaigne, Vicente Aleixandre o Goya se enfrentaron a sus porvenires artísticos en los momentos aciagos y que Molina diseciona. A lo largo del texto, y esto es importante, se menciona levemente el trabajo alimenticio del escritor, para que el otro oficio, que también es trabajo, aflore. Porque lo que planea sobre el texto es algo muy serio, una crisis general de la subjetividad tan grande como un país. También que cualquier carrera o competición por prosperar al tiempo será polvo de estrellas.

Las inquietudes metafísicas de Constantino Molina tienen que ver con eso que nos conduce, aunque no sepamos muy bien de qué se trata, al borde de un trance de ruptura existencial. ¿Te duele España? Escribe. ¿Te has enamorado de una chica noruega? Escribe. ¿Te quieres quedar embobado mirando *Las meninas*? Venga, ponte a escribir. ¿Qué puede ir peor? ¿Y si habemos hablar al final del todo a Felipe VI sobre la transmutación y entonar un poema hipotético de Fernando Pessoa? La nueva subjetividad, que es la subjetividad de siempre, no se hace sola. En este sentido, el libro tiene mucho de juego, puesto que está escrito por un absoluto *Homo ludens*. La propuesta del autor para salvar tan magnífico abismo y empezar de nuevo, ya que el tiempo es circular, es resestar el yo poético a través de la observación. De este modo, y por medio del niño parabólico que es el poeta, conseguiremos que la física y la poesía se encuentren en una suerte de Big Bang lírico.

Tras Los del Río, aparece Bertín Osborne hablando sobre el emerito. Luego, una concursante de varios programas de telerrealidad que ha tenido un año tumultuoso, y es entonces cuando atravesio mi segundo momento cuántico y me convierto, por fin, en una niña parabólica. Es todo lo que siempre he querido.

Niño parabólico
Constantino Molina
Periférica, 2025
200 páginas. 19,50 euros